

alguno le pareciere que me muestro algo inclinado á la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentias más extendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiracion que, no poseyendo los araucanos mas de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado ni muro ni casa fuerte para su reparo, ni armas, á lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinación hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre, así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos, no faltando á los muertos quien les suceda en llevar su opinion adelante. Pues los hijos, ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, se ofrecen al rigor de la guerra. Y es tanta la falta de gente, por la mucha que ha muerto en esta demanda, que para hacer mas cuerpo y henchir los escuadrones, vienen tambien las mujeres á la guerra, y peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo á la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay ahora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo, á ellas remito la defensa de mi obra en esta parte, y á los que la leyeren se la encomiendo.



CANTO I

El cual declara el asiento y descripción de la provincia de Chile, y estado del Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata en suma de la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados,
Ni las muestras, regalos y ternezas
De amorosos afectos y cuidados;
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados,
Que á la cerviz de Arauco no domada
Pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré tambien harto notables
De gente que á ningun rey obedecen,
Temerarias empresas memorables
Que celebrarse con razon merecen:
Raras industrias, términos loables
Que mas los españoles engrandecen;
Pues no es el vencedor mas estimado
De aquello en que el vencido es reputado.

Suplicoos, gran Felipe, que mirada
Esta labor de vos sea recibida,
Que de todo valor necesitada
Queda con darse á vos favorecida:
Es relacion sin corromper sacada
De la verdad, cortada á su medida;
No desprecies el don, aunque tan pobre,
Para que autoridad mi verso cobre.

Quiero á señor tan alto dedicarlo
Porque este atrevimiento lo sostenga,
Tomando esta manera de ilustrarlo
Para que quien lo viere en mas lo tenga;
Y si esto no bastare á no tacharlo,
A lo menos confuso se detenga,
Pensando que pues va á vos dirigido,
Que debe de llevar algo escondido. •

Y haberme en vuestra casa yo criado,
¡Que crédito me da por otra parte!
Hará mi torpe estilo delicado,
Y lo que va sin orden, lleno de arte;
Así, de tantas cosas animado,
La pluma entregaré al furor de Marte:
Dad orejas, señor, á lo que digo,
Que soy de parte dello buen testigo.

Chile, fértil provincia y señalada,
En la region antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal y poderosa:
La gente que produce es tan granada,
Tan soberbia, gallarda y belicosa,
Que no ha sido por rey jamás regida,
Ni á extranjero dominio sometida.

Es Chile norte sur de gran longura
Costa del nuevo mar del Sur llamado,
Tendrá del leste á oeste de angostura
Cien millas por lo mas ancho tomado:
Bajo del polo antártico en altura
De veinte y siete grados prolongado,
Hasta do el mar Océano y chileno
Mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden
Pasando de sus términos juntarse,
Baten las rocas y sus olas tienden;
Mas esles impedido el allegarse:
Por esta parte al fin la tierra hienden,
Y pueden por aquí comunicarse.
Magallanes, señor, fué el primer hombre
Que abriendo este camino le dió nombre.

Por falta de pilotos, ó encubierta
Causa, quizá importante y no sabida,
Esta secreta senda descubierta
Quedó para nosotros escondida,
Ora sea yerro de la altura cierta,
Ora que alguna isleta removida
Del tempestuoso mar y viento airado,
Encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que norte sur corre la tierra,
Y báñala del oeste la marina;
A la banda del leste va una sierra
Que el mismo rumbo mil leguas camina:
En medio es donde el punto de la guerra
Por uso y ejercicio mas se afina;
Venus y Amor aquí no alcanzan parte;
Solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado,
Por donde su grandeza es manifiesta,
Está á treinta y seis grados el estado
Que tanta sangre ajena y propia cuesta:
Este es el fiero pueblo no domado
Que tuvo á Chile en tal estrecho puesta,
Y aquel que por valor y pura guerra
Hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto
Lo mas deste gran término tenia,
Con tanta fama, crédito y conceto,
Que del un polo al otro se estendia;
Y puso al español en tal aprieto
Cual presto se verá en la carta mia:
Veinte leguas contienen sus mojones,
Poséenla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores
Es el soberbio estado poseido,
En militar estudio los mejores
Que de bárbaras madres han nacido:
Reparo de su patria y defensores,
Ninguno en el gobierno preferido;
Otros caciques hay, mas por valientes
Son estos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposicion le viene
Servicio personal de sus vasallos,
Y en cualquiera ocasion cuando conviene
Puede por fuerza al débito apremiallos;
Pero así obligacion el señor tiene
En las cosas de guerra dotrinallos
Con tal uso, cuidado y disciplina,
Que son maestros después desta doctrina.

En lo que usan los niños en teniendo
Habilidad y fuerza provechosa,
Es que un trecho seguido han de ir corriendo
Por una áspera cuesta pedregosa;
Y al puesto y fin del curso revolviendo,
Le dan al vencedor alguna cosa;
Vienen á ser tan sueltos y alentados,
Que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio
Los apremian por fuerza y los incitan,
Y en el bélico estudio y duro oficio
Entrando en mas edad los ejercitan:
Si alguno de flaqueza da un indicio,
Del uso militar lo inhabilitan,
Y el que sale en las armas señalado
Conforme á su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
No son por flacos medios proveidos,
Ni van por calidad ni por herencia,
Ni por hacienda y ser mejor nacidos;
Mas la virtud del brazo y la escelencia,
Esta hace los hombres preferidos,
Esta ilustra, habilita, perficiona,
Y quilata el valor de la persona.

Los que están á la guerra dedicados
No son á otro servicio constreñidos,
Del trabajo y labranza reservados,
Y de la gente baja mantenidos;
Pero son por las leyes obligados
De estar á punto de armas proveidos,
Y á saber diestramente gobernallas
En las licitas guerras y batallas.

Las armas dellos mas ejercitadas
Son picas, alabardas y lanzones,
Con otras puntas largas enastadas
De la faccion y forma de punzones:
Hachas, martillos, mazas barreadas,
Dardos, sarjentas, flechas y bastones,
Lazos de fuertes mimbres y bejucos,
Tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas destas armas han tomado
De los cristianos nuevamente agora,
Que el continuo ejercicio y el cuidado
Enseña y aprovecha cada hora;
Y otras segun los tiempos inventado,
Que es la necesidad grande inventora,
Y el trabajo solícito en las cosas
Maestro de invenciones ingeniosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,
Arma comun á todos los soldados,
Y otros á la manera de sayetes,
Que son aunque modernos mas usados:
Grevas, brazales, golas, capacetes
De diversas hechuras encajados,
Hechos de piel curtida y duro cuero,
Que no basta á ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente
Ha de aprender, y en ella ejercitarse,
Y es aquella á que más naturalmente
En la niñez mostrare aficionarse:
Desta sola procura diestramente
Saberse aprovechar, y no empacharse
En jugar de la pica el que es flechero,
Ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formados
Escuadrones distintos muy enteros,
Cada hila de mas de cien soldados,
Entre una pica y otra los flecheros,
Que de lejos ofenden desmandados
Bajo la protección de los piqueros,
Que van hombro con hombro como digo
Hasta medir á pica al enemigo.

Si el escuadron primero que acomete
Por fuerza viene á ser desbaratado,
Tan presto á socorrerle otro se mete,
Que casi no da tiempo á ser notado;
Si aquel se desbarata, otro arremete,
Y estando ya el primero reformado,
Moverse de su término no puede
Hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse
Por el daño y temor de los caballos,
Donde suelen á veces acogerse,
Si viene á suceder desbaratallos:
Allí pueden seguros rehacerse,
Ofenden sin que puedan enojallos,
Que el falso sitio y gran inconveniente
Impide la llegada á nuestra gente.

Del escuadron se van adelantando
Los bárbaros que son sobresalientes,
Soberbios cielo y tierra despreciando,
Ganosos de estremarse por valientes:
Las picas por los cuentos arrastrando,
Poniéndose en posturas diferentes,
Diciendo: si hay valiente algun cristiano,
Salga luego adelante mano á mano.

Hasta treinta ó cuarenta en compañía
Ambiciosos de crédito y loores
Vienen con grande orgullo y bizarria
Al son de presurosos atambores;
Las armas matizadas á porfia
Con varias y finisimas colores,
De poblados penachos adornados,
Saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas ó fuertes cuando entienden
Ser el lugar y sitio en su provecho,
O si ocupar un término pretenden,
O por algun aprieto y grande estrecho;
De do mas á su salvo se defienden,
Y salen de rebato á caso hecho,
Recogiéndose á tiempo al sitio fuerte
Que su forma y hechura es desta suerte:

Señalado el lugar, hecha la traza,
De poderosos árboles labrados
Cercan una cuadrada y ancha plaza
En valientes estacas afirmados,
Que á los de fuera impide y embaraza
La entrada y combatir, porque guardados
Del muro los de dentro, fácilmente
De mucha se defiende poca gente.

Solian antiguamente de tablonos
Hacer dentro del fuerte otro apartado,
Puestos de trecho en trecho unos troncones
En los cuales el muro iba fijado,
Con cuatro levantados torreones
A caballero del primer cercado,
De pequeñas troneras lleno el muro
Para jugar sin miedo y mas seguro.

En torno desta plaza poco trecho
Cercan de espesos hoyos por defuera,
Cuál es largo, cuál ancho, cuál estrecho,
Y así van sin faltar desta manera;
Para el incauto mozo que de hecho
Apresura el caballo en la carrera
Tras el astuto bárbaro engañoso,
Que le mete en el cerco peligroso.

También suelen hacer hoyos mayores
Con estacas agudas en el suelo,
Cubiertos de carrizo, yerba y flores,
Porque puedan picar mas sin recelo;
Allí los indiscretos corredores,
Teniendo solo por remedio el cielo
Se sumen dentro y quedan enterrados
En las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera
Tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
Que es hacer un convite y borrachera
Cuando sucede cosa señalada;
Y así á cualquier señor que la primera
Nueva de tal suceso le es llegada,
Despacha con presteza embajadores
A todos los caciques y señores,

Haciéndoles saber cómo se ofrece
Necesidad y tiempo de juntarse;
Pues á todos les toca y pertenece,
Que es bien con brevedad comunicarse;
Segun el caso, así se lo encarece,
Y el daño que se sigue dilatarse;
Lo cual visto que á todos les conviene,
Ninguno venir puede que no viene.

Juntos pues los caciques del senado,
Propóneles el caso nuevamente,
El cual por ellos visto y ponderado
Se trata del remedio conveniente;
Y resueltos en uno y decretado,
Si alguno de opinion es diferente,
No puede en cuanto al débito eximirse,
Que allí la mayor voz ha de seguirse.

Después que cosa en contra no se halla,
Se va el nuevo decreto declarando
Por la gente comun y de canalla,
Que alguna novedad está aguardando:
Si viene á averiguarse por batalla,
Con gran rumor lo van manifestando
De trompas y atambores altamente,
Porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado
Para se ver sobre ello y remirarse;
Tres dias se han de haber ratificado
En la difinicion sin retratarse;
Y el franco y libre término pasado
Es de ley imposible revocarse,
Y así como forzoso acaecimiento
Se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
Asiento en mil florestas escogido,
Donde se muestra el campo mas hermoso
De infinidad de flores guarnecido;
Allí de un viento fresco y amoroso
Los árboles se mueven con ruido,
Cruzando muchas veces por el prado
Un claro arroyo limpio y sosegado,

Do una fresca y altísima alameda
Por orden y artificio tienen puesta
En torno de la plaza y ancha rueda,
Capaz de cualquier junta y grande fiesta,
Que convida á descanso, y al sol veda
La entrada y paso en la enojosa siesta,
Allí se oye la dulce melodía
Del canto de las aves y armonía.

Tomo I

Gente es sin Dios, ni ley, aunque respeta
A aquel que fué del cielo derribado,
Que como á poderoso y gran profeta
Es siempre en sus cantares celebrado:
Invocan su furor con falsa seta,
Y á todos sus negocios es llamado,
Teniendo cuanto dice por seguro
Del próspero suceso ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla
Con él lo comunican en su rito;
Si no responde bien, dejan de dalla,
Aunque mas les insista el apetito:
Aunque mas les insista el apetito:
Caso grave y negocio no se halla
Do no sea convocado este maldito;
Llámanle *Eponamon*, y comunmente
Dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
Ciencia á que naturalmente se inclinan
En señales mirando y en agujeros
Por las cuales sus cosas determinan:
Veneran á los necios agoreros
Que los casos futuros adivinan;
El agujero acrecienta su osadía,
Y les infunde miedo y cobardía.

Algunos de estos son predicadores
Tenidos en sagrada reverencia,
Que solo se mantienen de loores,
Y guardan vida estrecha y abstinencia:
Estos son los que ponen en errores
Al liviano comun con su elocuencia,
Teniendo por tan cierta su locura
Como nos la evangélica Escritura.

Y estos que guardan orden algo estrecha
No tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;
Mas solo aquel vivir les aprovecha
De ser por sabios hombres reputados;
Pero la espada, lanza, el arco y flecha,
Tienen por mejor ciencia otros soldados,
Diciendo que el agujero alegre ó triste
En la fuerza y el ánimo consiste.

En fin, el hado y clima desta tierra,
Si su estrella y pronóstico se miran,
Es contienda, furor, discordia, guerra,
Y á solo esto los ánimos aspiran:
Todo su bien y mal aquí se encierra,
Son hombres que de súbito se aíran,
De condición feroces, impacientes,
Amigos de domar estrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de niervos bien fornidos:
Agiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores
De frios mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
Esta soberbia gente libertada,
Ni estrañera nacion que se jactase
De haber dado en sus términos pisada,
Ni comarcana tierra que se osase
Mover en contra y levantar espada,
Siempre fué exenta, indómita, temida,
De leyes libre, de cerviz erguida.

El potente rey Inga aventajado
En todas las antárticas regiones,
Fué un señor en extremo aficionado
A ver y conquistar nuevas naciones,
Y por la gran noticia del estado
A Chile despachó sus orejones;
Mas la parlera fama desta gente
La sangre les templó y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos
Los despoblados ásperos rompieron,
Y en Chile algunos pueblos belicosos
Por fuerza á servidumbre los trujeron,
A do leyes y edictos trabajosos
Con dura mano armada introdujeron,
Haciéndoles con fueros disolutos
Pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra, y reformado
El campo con ejército pujante,
En demanda del reino deseado
Movieron sus escuadras adelante:
No hubieron muchas millas caminado,
Cuando entendieron que era semejante
El valor á la fama que alcanzada
Tenia el pueblo araucano por la espada.

Los promauces de Maule que supieron
El vano intento de los Ingas vanos,
Al paso y duro encuentro les salieron,
No menos en buen orden que lozanos;
Y las cosas de suerte sucedieron,
Que llegando estas gentes á las manos
Murieron infinitos orejones,
Perdiendo el campo y todos los pendones.

Los indios promaucaes es una gente,
Que está cien millas antes del estado,
Brava, soberbia, próspera y valiente,
Que bien los españoles la han probada;
Pero con cuanto digo, es diferente
De la fiera nacion, que cotejado
El valor de las armas y escelencia,
Es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas que la fuerza conocian
Que en la provincia indómita se encierra,
Y cuán poco á los brazos ganarian
Llevada al cabo la empezada guerra;
Visto el errado intento que traian
Desamparando la ganada tierra,
Volvieron á los pueblos que dejaron
Donde por algun tiempo reposaron.

Pues don Diego de Almagro, adelantado
Que en otras mil conquistas se habia visto;
Por sabio en todas ellas reputado,
Animoso, valiente, franco y quisto,
A Chile caminó determinado
De estender y ensanchar la fe de Cristo;
Pero en llegando al fin deste camino
Dar en breve la vuelta le convino.

A solo el de Valdivia esta vitoria
Con justa y gran razon le fué otogada,
Y es bien que se celebre su memoria,
Pues pudo adelantar tanto su espada:
Este alcanzó en Arauco aquella gloria
Que de nadie hasta allí fuera alcanzada;
La altiva gente al grave yugo trujo
Y en opresion la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente
Ayudado de industria que tenia,
Hizo con brevedad de buena gente
Una lucida y gruesa compañía:
Y con designio y ánimo valiente
Toma de Chile la derecha via,
Resuelto en acabar desta salida
La demanda difícil ó la vida.

Vióse en el largo y áspero camino
Por la hambre, sed y frio en gran estrecho;
Pero con la constancia que convino
Puso al trabajo el animoso pecho;
Y el diestro hado y próspero destino
En Chile le metieron, á despecho
De cuantos estorbarlo procuraron,
Que en su daño las armas levantaron.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes
Batallas y rencuentros peligrosos
En tiempos y lugares diferentes,
Que estuvieron los fines muy dudosos;
Pero al cabo por fuerza los valientes
Españoles con brazos valerosos,
Siguiendo el hado y con rigor la guerra,
Ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas
Asediados seis años sostuvieron,
Y de incultas raices desabridas
Los trabajados cuerpos mantuvieron,
Do á las bárbaras armas oprimidas
A la española devoción trujeron
Por ánimo constante y raras pruebas,
Criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Después entró Valdivia conquistando
Con esfuerzo y espada rigurosa,
Los promaucaes por fuerza sujetando,
Curios, cauquenes, gente belicosa;
Y el Maule y raudó Itata atravesando
Llegó al Andalien, do la famosa
Ciudad fundó de muros levantada,
Felice en poco tiempo y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta
Donde á punto llegó de ser perdido;
Pero Dios le acorrió en aquella afrenta,
Que todas las demás le había acorrido:
Otros dello darán mas larga cuenta,
Que les está este cargo cometido:
Alli fué preso el bárbaro Ainavillo,
Honor de los pencones y caudillo.

De allí llegó al famoso Biobío
El cual divide á Penco del estado,
Que del Nibequetén copioso río
Y de otros viene al mar acompañado:
De donde con presteza y nuevo brío,
En orden buena y escuadron formado,
Pasó de Andalicán la áspera sierra,
Pisando la araucana y fértil tierra.

No quiero detenerme mas en esto,
Pues que no es mi intencion dar pesadumbre,
Y así pienso pasar por todo presto
Huyendo de importunos la costumbre:
Digo con tal intento y presupuesto,
Que antes que los de Arauco á servidumbre
Viniesen, fueron tantas las batallas,
Que dejó de prolijas de contallas.

Ayudó mucho el ignorante engaño
De ver en animales corregidos
Hombres que por milagro y caso estraño
De la region celeste eran venidos;
Y del súbito estruendo y grave daño
De los tiros de pólvora sentidos,
Como á inmortales dioses los temían,
Que con ardientes rayos combatían.

Los españoles hechos hazañosos
El error confirmaban de inmortales,
Afirmando los mas supersticiosos
Por los presentes los futuros males:
Y así tibios, suspensos y dudosos,
Viendo de su opresion claras señales,
Debajo de hermandad y fe jurada
Dió Arauco la obediencia jamás dada.

Dejando allí el seguro suficiente,
Adelante los nuestros caminaron;
Pero todas las tierras llanamente,
Viendo á Arauco sujeta, se entregaron;
Y reduciendo á su opinion gran gente,
Siete ciudades prósperas fundaron,
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago,
La Imperial, Villarica y la del Lago.

El felice suceso, la vitoria,
La fama y posesiones que adquirian
Los trajo á tal soberbia y vanagloria,
Que en mil leguas diez hombres no cabian;
Sin pasarles jamás por la memoria,
Que en siete piés de tierra al fin habian
De venir á caber sus hinchazones,
Su gloria vana y vanas pretensiones.

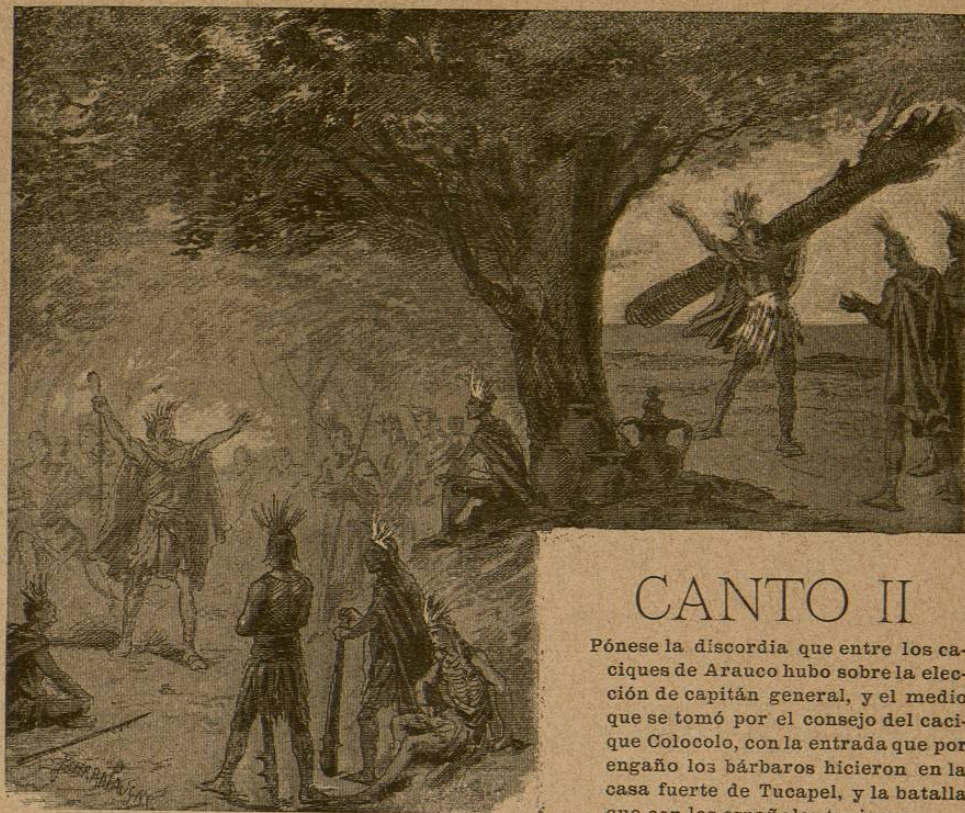
Crecian los intereses y malicia
A costa del sudor y daño ajeno,
Y la hambrienta y misera codicia
Con libertad paciendo iba sin freno:
La ley, derecho, el fuero y la justicia
Era lo que Valdivia habia por bueno,
Remiso en graves culpas y piadoso,
Y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo castellano
En mal y estimación iba creciendo,
Y siguiendo el soberbio intento vano
Tras su fortuna próspera corriendo;
Pero el Padre del cielo soberano
Atajó este camino, permitiendo
Que aquel á quien él mismo puso el yugo,
Fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado araucano acostumbrado
A dar leyes, mandar y ser temido,
Viéndose de su trono derribado,
Y de mortales hombres oprimido;
De adquirir libertad determinado
Reprobando el subsidio padecido,
Acude al ejercicio de la espada
Ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento,
Por ver con qué rigor se tomaria,
En dos soldados nuestros, que á torman to
Mataron sin razon y causa un dia:
Disimulóse aquel atrevimiento,
Y con esto crecióse la osadía;
No aguardando á mas tiempo, abiertamente
Comienzan á llamar y juntar gente.

Principio fué del daño no pensado
El no tomar Valdivia presta enmienda
Con ejemplar castigo del estado;
Pero nadie castiga en su hacienda.
El pueblo sin temor, desvergonzado,
Con nueva libertad rompe la rienda
Del homenaje hecho y la promesa,
Como el segundo canto aquí lo espresa.



CANTO II

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la elección de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado
A la engañosa alteza desta vida,
Que fortuna los ha siempre ayudado,
Y dádoles la mano á la subida;
Para después de haberlos levantado
Derribarlos con misera caída,
Cuando es mayor el golpe y sentimiento,
Y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza
Que el contento es principio de tristeza,
No miran en la súbita mudanza
Del consumidor tiempo y su presteza;
Mas con altiva y vana confianza
Quieren que en su fortuna haya firmeza,
La cual de su aspereza no olvidada
Revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,
Que no quiere que nadie se le atreva;
Y mucho mas que da siempre les quita,
No perdonando cosa vieja y nueva:
De crédito y de honor los necesita;
Que en el fin de la vida está la prueba,
Por el cual han de ser todos juzgados,
Aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda,
Sino pena, dolor y pesadumbre?
Pensar que en él fortuna ha de estar queda
Antes dejará el sol de darnos lumbre:
Que no es su condicion fijar la rueda,
Y es malo de mudar vieja costumbre,
El mas seguro bien de la fortuna
Es no haberla tenido vez alguna.